

Michael
Connelly

SESIÓN NOCTURNA

Traducido del inglés por Javier Guerrero Gimeno

Título original: *The Late Show*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo
con Little, Brown & Company, New York,
NEW YORK, USA. Todos los derechos reservados

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2017 by Hieronymus, Inc.
© de la traducción: Javier Guerrero Gimeno, 2018
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-266-1

Depósito legal: M. 23.768-2018

Printed in Spain

*En honor del sargento Steve Owen
Departamento del Sheriff del condado de Los Ángeles
Ejecutado en acto de servicio, 5 de octubre de 2016*

Ballard y Jenkins llegaron a la casa de El Centro poco después de medianoche para responder al primer aviso del turno. Ya había un coche patrulla delante y Ballard reconoció a los dos agentes de uniforme azul que se hallaban en el porche delantero del bungalow junto a una mujer de cabello gris que iba en bata. John Stanley era el agente principal del turno —el jefe de calle— y lo acompañaba su compañero Jacob Ross.

—Creo que te toca —dijo Jenkins.

Habían descubierto en sus dos años como compañeros que Ballard era la mejor de la pareja para tratar con víctimas mujeres. No se trataba de que Jenkins fuera un ogro, pero Ballard comprendía mejor las emociones de las víctimas femeninas. Y lo contrario ocurría cuando se enfrentaban con un caso en el que la víctima era un hombre.

—Recibido —dijo Ballard.

Salieron del coche y se dirigieron hacia el porche iluminado. Ballard llevaba su radio en la mano. Cuando subieron los tres peldaños, Stanley les presentó a la mujer. Se llamaba Leslie Anne Lantana y tenía setenta y siete años. Ballard no creía que fueran a tener mucho que hacer allí. La mayoría de los robos con allanamiento se limitaban a un atestado, a lo sumo una llamada para que pasara el coche de huellas si tenían suerte y advertían alguna señal de que el ladrón había tocado superficies de las que podían extraerse huellas.

—La señora Lantana ha recibido un correo de alerta de fraude que dice que alguien intentó cargar a su tarjeta de crédito una compra en Amazon —explicó Stanley.

—Pero no fue usted —dijo Ballard a la señora Lantana, afirmando lo evidente.

—No, fue en la tarjeta que tengo para emergencias y nunca la utilizo en Internet —aclaró Lantana—. Por eso saltó la alerta. Tengo una tarjeta diferente para Amazon.

—Muy bien —dijo Ballard—. ¿Llamó a la compañía de la tarjeta?

—Primero fui a buscar la tarjeta para ver si la había perdido, y descubrí que mi billetera no estaba en el bolso. Me la han robado.

—¿Alguna idea de dónde o cuándo se la robaron?

—Fui a hacer la compra a Ralphs ayer, así que sé que entonces tenía la billetera. Después vine a casa y no he salido.

—¿Usó tarjeta de crédito para pagar?

—No, efectivo. Siempre pago en efectivo en el supermercado. Pero saqué mi tarjeta de cliente para que me aplicaran los descuentos.

—¿Cree que podría haber olvidado su billetera en Ralphs? ¿Tal vez en la caja registradora, cuando sacó la tarjeta?

—No, no lo creo. Soy muy cuidadosa con mis cosas. Vigilo la billetera y el bolso. Y no estoy senil.

—No pretendía insinuar eso, señora. Solo hago preguntas.

Ballard cambió de rumbo, aunque no estaba convencida de que Lantana no se hubiera dejado la billetera en Ralphs, donde cualquiera podría haberla cogido.

—¿Quién vive aquí con usted, señora? —preguntó.

—Nadie —dijo Lantana—. Vivo sola. Bueno, con mi perro *Cosmo*.

—Desde que volvió ayer de Ralphs, ¿alguien ha llamado a la puerta o ha estado en la casa?

—No, nadie.

—¿Y no la han visitado amigos ni familiares?

—No, pero tampoco se habrían llevado mi cartera si hubieran estado aquí.

—Por supuesto, no quiero dar a entender lo contrario. Solo estoy tratando de formarme una idea de las idas y venidas. Entonces, ¿me está diciendo que ha estado en casa todo el tiempo desde que volvió del súper?

—Sí, he estado en casa.

—¿Y *Cosmo*? ¿Saca a pasear a *Cosmo*?

—Claro, dos veces al día. Pero cierro la casa cuando salgo, y no voy muy lejos. Es un perro viejo y yo tampoco estoy cada día más joven.

Ballard sonrió, comprensiva.

—¿Pasea todos los días a la misma hora?

—Sí, cumplimos unos horarios. Es mejor para el perro.

—¿Cuánto tiempo duran esos paseos?

—Treinta minutos por la mañana y por lo general un poco más por la tarde, según cómo nos encontremos.

Ballard asintió. Sabía que lo único que necesitaba un ladrón que rondara la zona sur de Santa Monica era localizar a la mujer paseando al perro y seguirla a su casa. La habría vigilado para determinar si vivía sola y luego habría regresado al día siguiente a la misma hora cuando sacara al perro otra vez. La mayoría de las personas no se daban cuenta de que sus rutinas más simples las hacían vulnerables a los depredadores. Un ladrón con experiencia entraría y saldría de la casa en un máximo de diez minutos.

—¿Ha mirado si le falta algo más, señora? —preguntó Ballard.

—Todavía no —dijo Lantana—. He llamado a la policía en cuanto he sabido que me faltaba la cartera.

—Bueno, entremos y así mira a ver si echa en falta algo —propuso Ballard.

Mientras ella acompañaba a Lantana por la casa, Jenkins fue a revisar si habían forzado la cerradura de la puerta trasera. En la habitación de Lantana había un perro en un cojín para dormir. Era un cruce de bóxer y tenía el rostro emblanquecido por la edad. El ani-

mal siguió a Ballard con sus ojos brillantes, pero no se levantó. Era demasiado viejo. Soltó un ladrido profundo desde el pecho.

—No pasa nada, *Cosmo* —lo tranquilizó Lantana.

—¿Qué es? ¿Bóxer y qué más? —preguntó Ballard.

—Ridgeback —dijo Lantana—. Creemos.

Ballard no estaba segura de si con el uso del plural la mujer se refería al perro o a otra persona. Tal vez a ella y a su veterinario.

La anciana terminó su revisión de la casa con una mirada al cajón de sus joyas e informó de que no parecía que faltara nada salvo la cartera. Eso hizo que Ballard pensara otra vez en Ralphs, o quizá el ladrón había calculado que contaba con menos tiempo del que en realidad disponía para registrar la casa.

Jenkins se unió a ellas y explicó que no había indicaciones de que la cerradura de la puerta delantera o trasera hubieran sido forzadas, ni con ganzúas ni de ningún otro modo.

—¿Cuando paseó al perro vio algo inusual en la calle? —preguntó Ballard a la mujer—. ¿Alguien fuera de lugar?

—No, nada inusual —dijo Lantana.

—¿Hay alguna obra en la calle? ¿Trabajadores rondando?

—No, nada por aquí.

Ballard le pidió a Lantana que le mostrara el correo que había recibido de la compañía de la tarjeta de crédito. Fueron a un pequeño rincón de la cocina donde la mujer tenía un portátil, una impresora y un montón de sobres en bandejas apilables. Era obviamente su oficina doméstica, donde se ocupaba de pagar facturas y hacer pedidos en Internet. Lantana se sentó y abrió la alerta de correo en la pantalla del ordenador. Ballard se inclinó por encima del hombro de la anciana para leerlo y le pidió que llamara otra vez a la compañía de la tarjeta de crédito.

Lantana hizo la llamada desde un teléfono situado en la pared y extendió el largo cable hasta el rincón de la cocina. Finalmente, le pasó el teléfono a Ballard y esta salió al pasillo con Jenkins, estirando el cable todo lo que dio de sí. Estaba hablando con un especialis-

ta en alertas de fraude que hablaba un inglés con acento indio. Ballard se identificó como detective del Departamento de Policía de Los Ángeles y preguntó la dirección de entrega que se había utilizado para la compra con tarjeta antes de que esta fuera rechazada como posiblemente fraudulenta. El especialista en alertas de fraude argumentó que no podía proporcionar esa información sin una orden judicial.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ballard—. Usted es especialista en alertas de fraude, ¿no? Esto ha sido un fraude, y si me da la dirección podré hacer algo al respecto.

—Lo siento —dijo el hombre—. No puedo hacerlo. Nuestro departamento jurídico debe autorizarme y no lo ha hecho.

—Déjeme hablar con el departamento jurídico.

—Está cerrado ahora. Es hora de comer y está cerrado.

—Entonces déjeme hablar con su supervisor.

Ballard miró a Jenkins y negó con la cabeza, frustrada.

—Mira, todo acabará sobre la mesa de Robos por la mañana —dijo Jenkins—, ¿por qué no dejas que se ocupen ellos?

—Porque no se ocuparán —dijo Ballard—. Se perderá en la pila. No harán ningún seguimiento y eso no es justo para ella. —Señaló con la cabeza hacia la cocina, donde la víctima del robo continuaba sentada con aspecto abatido.

—Nadie ha dicho que sea justo —dijo Jenkins—. Es lo que es.

Al cabo de cinco minutos, el supervisor se puso al teléfono. Ballard explicó que tenían una situación fluida y necesitaban actuar con rapidez para detener a la persona que había robado la tarjeta de crédito de la señora Lantana. El supervisor explicó que el intento de uso de la tarjeta no había funcionado, de manera que el sistema de alerta de fraude había cumplido su función.

—No hay ninguna necesidad de mantener esta «situación fluida», como la llama —dijo.

—El sistema solo funciona si atrapamos al culpable —repuso Ballard—. ¿No se da cuenta? Impedir que la tarjeta se utilice solo es

una parte. Eso protege a su cliente corporativo. No protege a la señora Lantana, que ha sufrido que alguien entrara en su casa.

—Lo siento —dijo el supervisor—. No puedo ayudarle sin una orden judicial. Es nuestro protocolo.

—¿Cómo se llama?

—Me llamo Irfan.

—¿De dónde es, Irfan?

—¿Qué quiere decir?

—¿Es de Bombay? ¿Nueva Delhi? ¿De dónde?

—Soy de Bombay, sí.

—Y por eso le importa una mierda. Porque este tipo nunca irá a su casa en Bombay a robarle la cartera. Muchas gracias.

Retrocedió a la cocina y colgó el teléfono antes de que el supervisor inútil pudiera responder. Se volvió hacia su compañero.

—Vale, volvemos a la cueva, escribimos el atestado y lo entregamos en la mesa de Robos —dijo—. Vamos.